

# **Pedro Arrupe, un general para el cambio**

---

*Ignacio Cacho, SJ.*

## **1. Loyola y Arrupe**

Hace 10 años, el 5 de febrero de 1991, moría Pedro Arrupe, vigésimo octavo General de la Compañía de Jesús. La noticia apenas sorprendió. Llevaba 10 años paralizado por una trombosis cerebral en la enfermería de la Curia de Roma. No se movía, ni hablaba, ni miraba. Un jesuita que lo atendía, comentaba: "Parece un crucificado".

Ese martes 5 de febrero, a las 7:45 de la tarde, el hombre que había contemplado el mundo entero, sólo contemplaba a Dios.

En sus últimos EE de 1981, había escrito: "¿Qué será el cielo?. Imposible imaginarlo. Ni ojo vio, ni oído oyó. Yo espero que sea el último Amén de mi vida y el primer Aleluya de mi eternidad".

## **2. Ante todo, un hombre**

El Amén de su vida fue total, ya que Arrupe fue ante todo un hombre total. Uno de esos hombres que la historia produce una vez cada siglo.

Alguien lo ha comparado a Iñigo de Loyola. Rostro semejante. Espíritu semejante. Hombres que no renuncian a ser hombres para ser santos.

Cuando Iñigo cayó herido en Pamplona el 20 de mayo de 1521, cayó pero no se hundió. Con la Vita Christi de Ludolfo de Sajonia entre las manos, se levantó por encima de sí mismo, y pronunció ese sí, que ha renovado la espiritualidad de la Iglesia: "Francisco de Asís hizo esto. Pues yo lo tengo que hacer". Iñigo fue un hombre que puso todo el alma en su acción.

Cuando Arrupe, el 6 de agosto de 1945, vio que Hiroshima se hundía bajo una nube gigante de plutonio, creyó que el mundo se hundía. Pero Arrupe no se hundió. Se levantó sobre la densa niebla, y habló así con Dios: "Y tu Señor, conociéndolo todo, contemplándolo todo, llamando a transformarlo todo". La decisión estaba tomada. Convirtió en Hospital su Noviciado de Hiroshima. Los novicios serían sus enfermeros. El sería el médico. Estrenaría el título de doctor en Medicina, sacado en Madrid en julio de 1927. Llegaron cientos de heridos. Parecían momias. Estaban abrasados. Sólo uno murió. Los demás sobrevivieron. Arrupe también ponía toda su alma en su acción. Sabía que para curar el alma, era preciso curar el cuerpo. Lo había aprendido en el Noviciado de Loyola. Amar es servir. Servir es amar. "En todo amar y servir" (EE 233). Y servir siempre magis y siempre melius.

El itinerario de Iñigo no tiene límite, porque su horizonte es sin límite, el Deus semper maior, el Dios siempre mayor. Y esto es lo que distingue a hombres como Iñigo, Xabier y Arrupe de los hombres corrientes. Son hombres que en horas límite, saben que el hombre puede volver a empezar, y empiezan.

### **3. Hombre, abierto al mundo**

Arrupe, fue un hombre de hoy. Un innovador, como Iñigo de Loyola. A problemas nuevos, soluciones nuevas. El mundo cambia, la Iglesia debe cambiar.

Ignacio vivió una sociedad en cambio. De la era medieval a la era moderna. El hombre de las catedrales, había puesto a Dios en el centro de todo. El hombre del renacimiento, puso en el centro de todo al

hombre. Ignacio lo entendió perfectamente. Era preciso girar en redondo. "Todo ha sido creado para el hombre" (2ª tesis de EE). El claustro de Ignacio será el mundo: los hospitales de Venecia y Bolonia, las Universidades de Coimbra y Roma, los poblados de Goa y Travancore, las costas de Bahía y Sao Paolo. Nada humano debía serle ajeno: la ciencia de Laínez, la cultura de Salmerón, la creatividad de Anchietta...

El hombre en el centro. Pero en el centro del hombre de Dios. "El hombre es creado para alabar a Dios" (1ª tesis de EE). Para Ignacio, no hay ruptura entre el hombre del medievo y el hombre del renacimiento. Por eso, el jesuita que diseñan sus Constituciones, debe iniciar su Noviciado, dedicando un mes entero a estar a solas con Dios, y acabar su carrera en la Escuela del contemplativo en la acción para "Hallar a Dios en todas las cosas, y a todas las cosas en Dios". Esta es sin duda la aportación más innovadora de Ignacio a la espiritualidad de la Iglesia. Orar no es ante todo, hablar, hablar con Dios (espiritualidad clásica). Orar es sobre todo hacer, hacer la voluntad de Dios, construir el reino de Dios (espiritualidad moderna).

Arrupe vivió también una sociedad en cambio. Los conflictivos años 60-70. "Lo que hoy es imposible, mañana será posible", teorizaba Marcuse en la universidad de Berkeley. "La imaginación al poder", gritaba Cohn Bendit en la Sorbona. El centro ya no era el hombre, sino la técnica creada por el hombre: (ordenadores, satélites...) para dominar el mundo, y para acabar dominando al hombre, abriendo el abismo infranqueable entre pueblos que todo lo tienen y pueblos que sólo lo desean. Arrupe miró a ese mundo nuevo, con ojos nuevos. Y ofreció respuestas nuevas. Esas respuestas comenzaron a inquietar.

A los pocos días de ser elegido General, en mayo de 1965, le enfocan las cámaras de la RAI, y un corresponsal le dirige la pregunta capciosa del momento: "¿Qué piensa de Teilhard de Chardin?". Por aquellas fechas justamente, circulaba por Roma un documento preconciiliar que anatematizaba las tesis del sabio jesuita. Arrupe contestó sin inmutarse: "Teilhard ha realizado la gran tentativa de reconciliar el mundo de la ciencia con el mundo de la fe. Su influencia en los medios científicos, cristianos y no cristianos, es indiscutible. Si su obra tiene aspectos negativos, los aspectos positivos son muy superiores. Teilhard es uno de los grandes maestros del pensamiento

contemporáneo". La entrevista produjo fuerte impacto. Se inauguraba un estilo nuevo. Un corresponsal extranjero comentaba: "Es un hombre libre. Se atreve a decir lo que piensa. Pocos me han impresionado como él. Ahora comprendo por qué le han elegido".

Como Teilhard, Arrupe respetaba la autonomía de la ciencia. "El mundo es mundo" y tiene sus leyes que hay que respetar, como decía Teilhard, pero "el mundo no es Dios", "que también tiene sus leyes, que es preciso explorar y adorar". El Medio Divino de Teilhard que Arrupe leyó y meditó, le enseñó a descubrir esas leyes y a encontrar en el centro del universo cada vez más grande, al Cristo siempre más grande que el universo, el Cristo Omega.

El mismo año de su elección. 1965, emprendía en diciembre su primer viaje a Oriente. También esto marcaba un nuevo estilo. Su predecesor, Juan Bautista Janssens, apenas había salido de Roma. "Las personas y los problemas no se conocen por cartas, sino por el contacto directo".

Viajó por los cinco continentes. Sus viajes por Europa y Estados Unidos le enfrentaron al problema de la cultura secular. El desarrollo material de esos países era espectacular, pero también el subdesarrollo espiritual. "Parece que tienen el alma en su ordenador". Corren el riesgo de ser "cuerpo sin alma". Y clama con voz de profeta a los jesuitas de Boston: "Cuando entrasteis en la Compañía, lo primero de todo para vosotros fue Dios. Él ha sido el centro de vuestra vida. No hace falta explicar lo que esto significa. Pero si en la ciudad secular margináis a Dios, se os caerá todo, como un cuerpo sin corazón". Por eso les invita a mantener el diálogo con la increencia del mundo secular, pero desde la experiencia de Dios. "Ser testigos de Dios en un mundo secularizado requiere una fe de fuertes trazos, de honda experiencia de Dios, de valiente transmisión de esta experiencia" (1/2/1976, Integración real de la vida espiritual y apostólica, IJ 343, 348).

La prensa occidental comienza a llamarle profeta de nuestro tiempo, porque cuando anuncia con fuerza a Dios en Amsterdam, o denuncia con vigor el racismo en Washington, escribe un corresponsal, "no tiene la amargura de los viejos profetas, pues no sólo critica sino estimula, no sólo exige sino empuja, no solo niega sino afirma, aporta soluciones, siembra iniciativas". Sus críticos comienzan también a decir

que estimula, pero no manda, será un profeta, pero ¿es un gobernante?.

El año 1967 viaja a la India y Ceilán. Allí recupera el diálogo con las grandes religiones que inició en Japón. Lejos del epicentro romano, siente que se dilata su horizonte creyente. Comprende que Dios rebasa los límites de occidente. Arrupe se pregunta: "¿Dónde está la Iglesia, está Dios?. Eso dice el catecismo. Pero Karl Rahner le ha enseñado lo que a Rahner enseñó Tomás de Aquino: "¿Dónde está el Espíritu, está Dios". Y el Espíritu de Dios se derrama sobre todo corazón sincero lea el Evangelio, lea el Corán, lea los Vedas. Desde la propia identidad creyente, es necesario dialogar con esas creencias milenarias, atravesadas por el Espíritu que, como el viento, no sabemos de dónde viene ni a dónde va.

Con Arrupe, la Compañía cruza por fin la frontera de la modernidad, cerrada durante todo el siglo XIX y la mitad del XX. Arrupe enseña a decir sí a la modernidad, sí crítico, como el sí del evangelio, pero sí, sí a las corrientes modernas, al existencialismo, al evolucionismo, incluso al marxismo. "¿Acepta Ud., el diálogo con el marxismo?". "Se advierte en bastantes partes simpatía por el marxismo y por los partidos políticos de inspiración marxista. El análisis socioeconómico del marxismo es una ciencia y como tal asumible y como tal también cuestionable, pero la ideología marxista y su interpretación inmanente de la historia, y consiguiente negación de la trascendencia, no es aceptable para el creyente. Y lo que digo del marxismo se aplica también a otras ideologías más cercanas a nosotros, que no dejan por eso de ser menos inaceptables" (27/9/1978, Métodos e ideología marxista, IJ 27). Alude evidentemente al neoliberalismo.

En su gira por los EEUU, en mayo de 1971, visitó con la misma naturalidad al secretario general de la ONU, U Than, para presentarle la creación de un Centro de investigación y promoción del desarrollo social internacional, que a Daniel Berrigan, jesuita crítico de la política beligerante del Presidente Nixon, y detenido y encarcelado por el FBI en Connecticut, por haber asaltado y quemado en Maryland los ficheros de la oficina de reclutamiento de jóvenes para la guerra de Vietnam. "Quise visitarte como un hermano a su hermano en prisión, recordando que yo también estuve preso en Yamaguchi, y que todo sacerdote debe cumplir

su misión profética en contra de la guerra y a favor de la paz" (P. J. Lamet, AI 322).

#### **4. La justicia inseparable de la fe**

Arrupe vivió en una sociedad dividida por la injusticia social entre países ricos y pobres. El Cono Norte desarrollado (Escandinavia, Canadá, EEUU), formaba parte de la sociedad del bienestar, con 20.000 \$ de renta p/c. El Cono Sur subdesarrollado (Países de África, Asia y Sur América, como Bolivia, Chad, Bangladesh...), integraban la sociedad marginal, con 1000 \$ de renta p/c. Arrupe anunció y denunció que "una fe que no clama contra la injusticia, no es la fe del evangelio". La CG 32, que él presidió el 2 de diciembre de 1974, giró en torno a ese centro de gravedad: "la misión del jesuita en el mundo es el servicio de la fe, cuya exigencia absoluta es la promoción de la justicia". Esta misión debía atravesar no solo la actividad social, sino la actividad total de la Compañía: la educativa y la pastoral. Este giro en redondo, dividió a la Compañía de los años 70 en posiciones bien definidas: la defensora de los derechos humanos y sociales, y la defensora de las actividades pastorales y educativas. En sus dos extremos, los "jesuitas obreros" lideraban la primera y recelaban del apostolado espiritual, que podía resultar evasivista. Los llamados "jesuitas descalzos", criticaban el compromiso político de los primeros, que a su juicio tenía un sesgo marxista. La mayor parte de la Compañía permanecía a la expectativa de una aclaración doctrinal y práctica de los términos justicia y política, que en los conflictivos años 70, eran palabras tabú y no se definían con claridad, menos con unanimidad.

El magisterio de Arrupe fue claro desde el comienzo de la crisis. En el Sínodo de Roma del 23 de octubre de 1971, aclaró lo que él entendía por justicia: "Los cristianos están llamados a dar testimonio del mensaje evangélico de justicia, de amor y de paz, en el contexto de un mundo prisionero de una temible contradicción. Por una parte, existe una conciencia creciente de la dignidad de los derechos de la persona y de la necesidad de una solidaridad internacional. Por otra parte, existen violaciones escandalosas de los derechos humanos fundamentales de los individuos, grupos y naciones enteras..., desigualdades profundas en el reparto de los recursos materiales..., sistemas y estructuras injustas que hacen que multitudes de hombre permanezcan en estado

de sujeción al poder, y tiendan a perpetuar las desigualdades. Tal estado de cosas lleva a los hombres a conflictos violentos, y amenaza con envolver al mundo en una guerra global... Todos los cristianos darán testimonio de justicia... en un compromiso por la liberación de los oprimidos, la defensa de los pobres, el servicio a los hermanos, en la creación de un orden nuevo fundado sobre la verdad, edificado sobre la justicia y vivificado por el amor" (23/10/1971, Contribución de la iglesia a la instauración de la justicia, IF 303-309). Arrupe defendía la justicia estructural, que consiste no sólo en paliar los efectos de la injusticia, sino detectar sus causas y proponer nuevas alternativas. No se trata sólo de velar al enfermo de SIDA. Eso es caridad. Se trata de descubrir el virus del SIDA, para no tener que velarlo. Eso es justicia".

Y cuatro meses antes, el 29 de junio de 1971, en su escrito *Jesuitas activos en movimientos de liberación* (IJ), conjuró el tabú de los términos político y política. Defendió la política cívica del sacerdote, en defensa de los derechos humanos y de los pueblos, y rechazó el compromiso del sacerdote en la política organizada de los partidos políticos.

"No es de hoy llevar el amor cristiano a sus últimas consecuencias. Pero sí es de hoy una mayor consecuencia de las nuevas responsabilidades del amor cristiano. Indudablemente, nuestra vocación es espiritual, pero tiene responsabilidades políticas. Ahora bien, no es lo mismo la alta política que se mueve en el nivel de los derechos humanos, que la política en minúscula de los partidos, que hacen determinadas opciones para realizar la primera. El jesuita no puede actuar como militante de un partido político. Pero la misión sacerdotal conlleva una acción política. Nadie como Cristo tuvo tanto influjo en la conciencia y en la sociedad política de su tiempo, lo mismo que los mártires, enfrentados al mito del poder en todas sus formas. Nosotros no podemos callar ante las expresiones injustas del poder, sea estatal, o sea paralelo, que siempre deriva del abuso de la propiedad y del poder. Cumplir nuestra política propia, nos hace libres ante todas las demás políticas. Nada es más liberador que esa independencia para poder defender la verdad, venga de donde viniere la injusticia, de la derecha, de la izquierda o del centro" ("0/3/1979, El servicio a la fe y a la justicia en nuestros colegios, IJ 666-667).

Sin esta toma de posición, detonante por aquellos años, hoy seguiría proscrita la trayectoria de un Ellacuría, y de los más de 100 mártires jesuitas no canonizados, asesinados por la causa de la fe y la justicia. La Compañía ya ha asimilado "con paz" esta causa, pero todavía existen amplios sectores de la Iglesia, más entusiastas de canonizaciones de santos de la fe y la caridad, como Teresa de Calcuta, que de mártires de la fe y la justicia, como Oscar Romero.

Cuando en mayo de 1970 visita España, encuentra a la Compañía muy agitada. Un grupo de jesuitas, llamados «jesuitas de la fidelidad» pretendían separarse de la Compañía oficial y formar su Provincia personal, independiente de la autoridad del General Arrupe. Misión Obrera por su parte cuestionaba una visita que incluía en su programa la visita al Caudillo. La visita a Franco duró 65 minutos. Tras los saludos protocolarios, Arrupe denunció actuaciones de las FOP acompañadas de tortura. Franco le pregunto si tenía pruebas de esas torturas. Arrupe le contestó: "He visto espaldas de jóvenes torturados". Franco guardó silencio. Después le habló largamente de la conjura marxista contra la civilización occidental.

El año 1976 dirige a los católicos de Filadelfia una alocución titulada Hambre de pan y de evangelio (Santander 1978), que más tarde se publicará en forma de libro. En su habitual tono profético, les dice: "La urgencia prioritaria de la sociedad actual es acabar con el flagelo del hambre y el analfabetismo del tercer mundo. "Dentro de diez años, ningún niño del mundo debe ir a la cama sin comer y ningún joven debe andar por la vida sin saber leer y escribir. No es tolerable que hoy día, mueran de hambre cada minuto cincuenta niños. Y no es por falta de recursos. Los gastos militares de vuestro país, alcanzan los mil millones de dólares diarios, para fabricar instrumentos de muerte. Un 1% de ese gasto bastaría para alimentar a todos los niños hambrientos. Y otro 1% para escolarizarlos".

La teología de la encarnación de Arrupe, tan ignaciana, está en la base de su teología de la liberación, más intuitiva que reflexiva. El hombre tiene "hambre de pan y de evangelio". Si no se le da pan, desfallece su cuerpo. Eso le sucede al hombre del tercer mundo. Y si no se le da evangelio, decae su espíritu. Eso le ocurre al hombre del primer mundo, que tiene cara de haber comido de todo y no estar satisfecho de nada. Le falta ese plus de esperanza que imprime el evangelio.



El misionero tradicional iba a las misiones a levantar iglesias y a bautizar niños. Arrupe había sido misionero en Japón durante casi treinta años (1938-1965), y hablaba con conocimiento de causa cuando añadía que el misionero moderno debe además bautizar culturas y estructuras.

## 5. Inculturar el evangelio

Para los años 60-70, Arrupe veía una sociedad dividida por la marginación de las culturas y subculturas. Culturas mayoritarias dominantes y culturas minoritarias dominadas. Y dentro de las culturas dominadas, las subculturas olvidadas: subcultura juvenil, laboral, intelectual, artística...

Arrupe tomó enseguida posición: "El evangelio no es solo patrimonio de la cultura occidental. El evangelio es patrimonio del hombre. La inculturación del evangelio es un derecho de los pueblos y un deber de la Iglesia. El Evangelio debe anunciarse a cada pueblo en su cultura y en su lengua, cifra primera de toda cultura". Al árabe en árabe. Y al romano en romano. Pero no al árabe en romano. Ni en lengua romana, ni en liturgia romana, ni en moral y dogma romanos. Cada cultura tiende a vaciar en sus moldes la esencia del evangelio. Pero el molde no es la esencia.

El 14 de mayo de 1977 escribió su célebre Carta sobre la inculturación. El término inculturación se empleó por primera vez en un documento oficial de la iglesia en el Mensaje a la iglesia universal del sínodo de Obispos de 1977. La intervención de Arrupe en ese sínodo alcanzó resonancia mundial. Su mensaje no era un ensayo teológico, sino un programa profético.

Entiende por inculturación la "encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural diferencial, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse en los elementos propios de la cultura en cuestión, sino que se convierta en principio inspirador y unificador que transforme y re-cree esa cultura en una nueva creación" (IJ 96). Son cuatro elementos que emplea: 1. "la encarnación", es decir, la inserción del evangelio en la carne de las culturas. 2. "encarnación de la vida y mensajes cristianos", es decir el evangelio vivido y anunciado. 3. "En un área cultural diferencial": es decir, en la forma de vivir, pensar,

sentir, organizarse, celebrar y compartir la vida de un grupo diferencial de personas, y que se expresa en su lengua, gestos, símbolos, ritos, creaciones y estilos de vida diferenciales (CG 34, 114, 3). 4. "De tal forma que el evangelio se exprese en los elementos de la cultura y re Cree esa cultura en una nueva cultura, la cultura del evangelio.

En clave teológica: así como en la encarnación del Hijo, el Espíritu de Dios cubre la carne de una mujer, y lo engendrado no es ni espíritu de Dios ni carne de mujer, sino nueva creación, Jesús el Cristo; de forma análoga, el espíritu del evangelio se inscribe en la carne de una cultura, y el producto no es ni el evangelio puro ni la cultura pura, sino el espíritu del evangelio encarnado en esa cultura o esa cultura recreada por el espíritu del evangelio. Existe un riesgo real, que consiste en transmitir a una nueva cultura, por ejemplo, la africana, un evangelio ya inculturado, por ejemplo, a la europea. El resultado no es ya una nueva creación cultural africana, sino una nueva forma de colonización europea.

El Patrono de las misiones, Francisco de Xabier, aprende en 1544, el tamil en Tunipale, el malayo en malaca, en 1545, el japonés en Kagoshima, en 1552, y su muerte le sorprendió el 3 de diciembre de 1552 en Sang-Ch'uang frente a Macao, iniciando el aprendizaje de "la chyna", como él llama al chino. "En el terreno de las lenguas, Xabier lo intentó todo. No consiguió hablar chino, tampoco dominó el japonés, ni el tamil, ni el malés. "¿Ha hablado Xabier con dominio alguna otra lengua fuera del biscaino?" (X. León-Dufour, FX 141), "la mía propia" como escribe a sus compañeros de Roma desde Cochín el 25 de enero de 1544 (FX 90). "Sin inculturación no es posible la evangelización" afirma Arrupe, que había conocido a misioneros evangelizando en francés a los negros, y en inglés a los indios.

"La necesidad de inculturación es universal. No se piense solamente en los países de misión. Su aplicación es para todos los países, y quizás más a los que creen no tener necesidad de inculturarse. Sería peligroso error creer que los países ya evangelizados, no necesitan una reinculturación del evangelio. Los cambios galopantes acaecidos nos persuaden de que hoy es indispensable una inculturación nueva y constante del evangelio en todos los países, si queremos que el evangelio llegue al hombre moderno, y también a los nuevos grupos subculturales: jóvenes,

trabajadores, intelectuales... con su mentalidad, sus valores, su propio argot". (IJ 96)

Arrupe pretende inculturar a los jesuitas insertos en innumerables áreas culturales, y les propone un programa de acción, sobre todos a los jóvenes en formación: 1. asimilación de las culturas con las que conviven desde sus raíces: aprendizaje de su lengua, estudio de sus legados históricos, literarios, jurídicos..., sintonía con su estilo de vivir, de celebrar y de creer... y 2. anuncio vivencial del evangelio, para que prenda en la raíz de esa cultura asimilada y genere el nuevo evangelio inculturado.

"Para dejarnos transformar por la inculturación no bastan las ideas y el estudio. Es necesario el choque de la experiencia personal profunda. Para los llamados a vivir en otra cultura, será el integrarse un país nuevo, una lengua nueva, una nueva vida. Para los que quedan en el propio país, será experimentar los nuevos modos del mundo actual que cambia: no el mero conocimiento teórico de las nuevas mentalidades, sino la asimilación experimental del modo de vivir de los grupos con los que hay que trabajar, como son y se sienten los marginados suburbanos, los parados, los estudiantes, los intelectuales, los artistas y demás subculturas con su propio estilo" (IJ 100-101).

Egusa, estudiante de medicina de Oyakama, comenta: "Hoy se habla de inculturación, y lo impresionante de Arrupe es su conocimiento de nuestra identidad japonesa. Por aquellos años todo trabajo extranjero era un enemigo, y ver a un extranjero tan japonés como Arrupe era algo nuevo. Debía seguir el principio budista: "primero mira a la persona, después háblale". Había aprendido francés en el filosofado de Marneffe (1930-1933), alemán en el teologado de Valkenburg (1933-1937), inglés en la Universidad de Washington y Cleveland (moral médica y tercera probación, 1937-1938). Al llegar al Japón en 1938, estudia japonés en Nagatsuka, extrarradio de Hiroshima: "Además de una lengua polisilábica, el japonés era una forma de concebir la vida". Y con el aprendizaje de esa lengua, una de las más difíciles para un extranjero, incluso para los propios japoneses", empieza a sumergirse en Este Japón increíble título de unos de sus libros (México 1965), que no cree en las palabras sino en los comportamientos de las personas, y que "como una serpiente se va deslizando junto a ti observándote, sin que tú la observes".

En Japón, el infinito se encierra en una taza de té. La ceremonia del té consiste en sentir la armonía entre el cielo y la tierra. La armonía de los cinco sentidos y el universo: el tacto de la taza (chawan), el perfume del polvo de té (tcha-ire), la luz transparente del líquido (shoji), y el sonido de la tetera hirviente (Mizushashi). Las cinco armonías invaden el ser. Duermen los combates del alma, y despierta la paz del espíritu. "¿Crees que en tres semanas conseguiré aprender la ceremonia del té?", pregunta Arrupe. Koto-san, profesor doctorado en la ceremonia, le contesta: "Si eres constante, en tres años llegarás a conocer lo esencial".

El 8 de diciembre de 1941 y estando de párroco en Yamaguchi, fue encarcelado como presunto espía internacional. Estuvo 33 días en prisión. Al liberarle por nulidad de pruebas, preguntó al Jefe de prisión: "¿Por qué me han retenido tanto tiempo?". El Jefe le aclaró: "Para el japonés uno de los elementos de juicio más importante es la conducta del acusado. Ud. siempre ha obedecido y nunca se ha rebelado. Ud. es bonzo, y se ha dedicado al estudio y la oración. Ud. hace lo que dice. Perdone el error, pero ya sabe que en tiempo de guerra se sospecha de todo". "No se preocupe, le dijo Arrupe, yo predico una doctrina que me enseña a amar y sufrir sin guardar rencor". Predique, predique siempre una religión como esa. ¡Subarashi!. ¡Admirable!. Pedro no podía creerlo, al cruzar sus ojos con los de aquel hombre duro, advirtió que le salían lágrimas.

El novicio Makoto Nakai lo describe así. "Arrupe era alto y claro como el monte Fuji. Su situación en Japón era difícil. Europa era sospechosa para nosotros. Nos daba instrucciones sobre espiritualidad del jesuita. Pero las teorías no sirven al carácter nipón. Lo que nos impactaba era su vida. Era el reflejo de lo que nos decía. Se acostaba a las doce y se levantaba a las cuatro y media. Hacía larga oración a la japonesa y estudiaba nuestra historia y nuestras costumbres. Nunca le oímos hablar mal contra el budismo. Era muy jesuita, estricto y abnegado, como todo Maestro de espíritu. Pero yo descubrí que era increíblemente libre, y muy abierto como lo demostró siendo General".

## 6. Signo de contradicción

Como Ignacio, Arrupe conoció la oposición. Los dos fueron profetas. Los profetas se adelantan a su tiempo. Por eso, su tiempo no

los reconoce. El destino del profeta es la persecución, frecuentemente el martirio.

Ignacio tembló cuando el cardenal Caraffa fue elegido Papa, con el nombre de Paulo IV. Loyola y Caraffa no estaban hechos por entenderse. El napolitano era vehemente, a veces explosivo. El vasco, reflexivo, y siempre sereno. Caraffa era pietista y conventual. Loyola, activo y evangelizador. Para Caraffa Ignacio era un innovador. No vivía como los monjes en régimen de ayunos y abstinencias, y recluido en el claustro y el coro. Su claustro era la ciudad. Y su coro, las plazas las universidades y los colegios. Había que atajarlo e imponer vida claustral a la Compañía. Ignacio se resistió. Defendió la libertad del evangelizador. Exigía un nuevo estilo de vida, sin las ataduras del claustro. Defendió, pero no convenció. A su muerte, Paulo IV impuso a la Compañía la disciplina monacal. Pío IV, su sucesor, levantó la imposición, reconociendo así la intuición de Ignacio.

Arrupe tampoco fue comprendido por dos grandes papas. Pablo VI, hombre de ideas, comprendía la mentalidad de Arrupe, pero llegó a temer las consecuencias que derivaban de ella: contestación de los jóvenes, críticas de los teólogos, salidas masivas de sacerdotes. Juan Pablo II, hombre de acción, no sintonizaba con su mentalidad. Tampoco su entorno curial. La Compañía de Arrupe no aceptaba la *Humanae Vitae*, promovía la teología de la liberación, relativizaba el magisterio de la Iglesia... "Arrupe sería un santo, pero ¿era un buen gobernante?. Sus súbditos no eran ya la columna del Papado, sino la conciencia crítica de la Iglesia. ¿La opción por la justicia, no conducía la fe a la política? ¿El diálogo intercultural, no disolvía la sal del evangelio en el agua de las culturas? En una palabra, se estaban confundiendo las cosas, lo sobrenatural con lo natural, lo espiritual con lo temporal.

Arrupe no lo podía entender. ¿La sociedad miraba hacia el futuro y la Iglesia miraba hacia el pasado, refugiándose en sus cuarteles de invierno?. Una Iglesia de espaldas a la historia era una Iglesia sin futuro. Mantuvo entrevistas con el Papa, para que conociese sus intenciones. "Yo no quiero defender errores, pero tampoco quiero cometer el mayor de ellos, que consiste en no cambiar nada por temor a equivocarse". El Papa le cantaba las verdades del barquero: la Compañía debía ser fiel a sus orígenes, mantener la disciplina religiosa, no ceder al secularismo, y sobre todo observar fidelidad al Magisterio, y absoluta obediencia al

Pontífice. En septiembre de 1979 repetía el mismo mensaje, en un Discurso a los Provinciales, reunidos en Roma. La prensa se hacía eco. La más progresista citaba unas palabras que atribuía a Arrupe. "En la Compañía manda el General, y no los cardenales". La prensa conservadora, lanzó un titular para la historia: "Un vasco hizo la Compañía, y otro vasco la deshizo". La mayoría de los jesuitas pensaban y piensan lo contrario: "Ignacio hizo la Compañía, en el s. XVI, y Arrupe la rehizo, adaptándola al s. XX". La minoría de la fidelidad, seguía tomando buena nota. Arrupe se percató al fin, por enero de 1981, que el objeto de la desconfianza del Papa era él mismo.

## 7. La renuncia

"Si mi estilo de gobierno no gusta al Papa, debo dimitir", dijo a sus Consejeros. Justamente el 18 de enero del mismo año 81, había firmado una carta para toda la Compañía con el título *El modo nuestro de proceder* en el que hace historia de la identidad del jesuita, tan distinta y tan igual hoy, como en los tiempos de Ignacio. Arrupe se pregunta cómo interpretar el siglo XX la intuición de Ignacio el siglo XVI, cómo aggiornare su esencia sin alterarla. Las respuestas de esa carta se consideran lo mejor de sus escritos, su verdadero testamento espiritual.

Reunió un amplio Consejo, como prescriben las Constituciones, y presentó las razones que motivaban su renuncia, como lo había hecho Ignacio el 3 de enero 1551. El Decreto de gobierno de la CG 31 expone las causas por las que puede presentar la dimisión un General vitalicio: salud física y/o mental que le incapaciten para la acción de gobierno. Arrupe tenía 73 años y su salud era espléndida. ¿Qué causa existía entonces? La falta de sintonía con la Santa Sede. Así no era posible gobernar. La mayoría de sus Consejeros creyeron que podían tomarse medidas para que mejorase la situación, por lo que no aceptaron su renuncia. Lo mismo que Ignacio en 1551, Arrupe pidió a sus consejeros una semana más de reflexión y discernimiento para ponderar mejor las razones. Esta vez la consulta, decidió por mayoría (58 a favor, 14 en contra), que las razones eran suficiente para presentar su renuncia. ¿A quién?. Al máximo órgano legislativo y deliberativo de la Compañía, la Congregación General. Por corrección, y no por obligación, expuso al Papa su determinación en mayo de 1981, en una audiencia de veinte

minutos, que se le concedió a última hora y con el pie en el avión, rumbo a Manila y Bangkok. El Papa se sorprendió de entrada, pero en seguida bloqueó la iniciativa de una CG "que en aquellas circunstancias no sería buena ni para la Compañía ni para la Iglesia".

A la vuelta de Thailandia y Filipinas, el día de agosto a las 5:30 de la mañana, en el mismo aeropuerto de Fiumicino sufría una trombosis cerebral, como diagnóstico el equipo médico del Hospital Salvator Mundi de Roma. Arrupe emprendía un largo via crucis de diez años, con mejoría inicial, y progresivas recaídas, hasta quedar reducido a la inutilidad total.

En esa situación de impase, las Constituciones (786), no dejan laguna jurídica y prevén el nombramiento de un Vicario General autorizado para convocar una CG que discuta si acepta o no la renuncia, y en su caso nombre el sustituto del General, en los supuestos de pérdida del uso de la razón o enfermedad incurable que incapacite para el ejercicio de gobierno. El 1º de octubre de 1981, el Consejo General nombra Vicario al norteamericano Vincent O'Keffe, consejero de Arrupe que estaba bajo sospecha de la Santa Sede por unas declaraciones a la revista holandesa *De Tijd* en las que hacía tres propuestas al programa de Gobierno del nuevo Papa Luciani: revisar la prohibición de los métodos artificiales de control de natalidad, admitir a las mujeres al sacerdocio y aceptar la ordenación de hombres casados. Las propuestas estaban muy matizadas, pero en el cónclave que eligió papa al cardenal Wojtyla, circularon las propuestas sin matices.

El día 6 de octubre del 81, se encontraba reunido el Consejo General presidido por O'keefe, cuando una llamada de la Secretaría de Estado anuncia que el Cardenal Agostino Casaroli, llegará a la Curia Generalicia a las 12 del mediodía, para entregar al General en propias manos un mensaje del papa. Efectivamente, llega a las 12 en punto, le recibe el Vicario y le conduce a la habitación del enfermo. Ya en la puerta Casaroli ruega al Vicario que se quede fuera. La entrevista dura pocos minutos. Sin decir palabra, abandona la Curia en coche oficial. Al entrar O'keefe en la habitación de Arrupe lo encuentra llorando, con la carta del Papa a su lado.

El Pontífice acaba de nombrar Delegado personal suyo al P. Paolo Dezza, exprovincial de Italia, de talento privilegiado, pero anciano de 80 años y ciego, y como Ayudante personal de Dezza, al P. Guiseppe

Pittau, exprovincial del Japón, de 54 años. La noticia circuló por los medios de comunicación como "hecho sin precedentes en la historia de la Compañía". Se interrumpía el proceso legal de las Constituciones, y se destituía de hecho al General y a su Vicario.

Karl Rahner y una veintena de jesuitas alemanes escribieron al pontífice una carta de protesta, que dice textualmente: "Incluso después de haber rezado y meditado, no es fácil ver en esa medida jurídica "el dedo de Dios", pues la fe y la experiencia nos enseña que, a lo largo de la historia, la autoridad más alta de la Iglesia no ha estado exenta de errores". El P. Pittau sin embargo, escribió: "Estos nombramientos no tienen precedentes en los cuatrocientos cincuenta años de nuestra historia, pero puedo decir con orgullo que ningún superior se ha negado a servir bajo este régimen extraordinario, y ningún jesuita ha salido por este motivo. La Compañía entera ha obedecido con lealtad y con dolor".

El Provincial de Francia, Henri Madelin, se dirigía así a los jesuitas franceses: "La decisión constituye una prueba para nuestra fe. Es inútil ocultar que lo que está sucediendo se inscribe fuera del desarrollo normal de nuestro derecho. Pero estoy convencido que la Compañía va ser juzgada por la fortaleza con que soporta esta prueba y por el espíritu de unidad que sea capaz de mantener".

Arrupe sobrevoló como un águila por encima de todas las reacciones: "Dentro de algún tiempo, se verá que la intervención del papa ha sido beneficiosa para la Compañía". También se ha visto que el gobierno de Arrupe ha sido y sigue siendo beneficioso para la Iglesia. Son mayoría los jesuitas y los cristianos que así lo reconocen.

## **8. Decisión sin precedentes**

La acción directa de gobierno del actual Pontífice, no ha tenido precedentes en la larga Historia de la Compañía, pues se trata de un dictado de la suprema autoridad de la Iglesia que en fuerza de su legítima potestad. Ha interrumpido la previsión constitucional de la Orden y ha dimitido a su máxima autoridad.

La Compañía no puede cerrar los ojos a su historia de gozos y dolores de su historia dentro de la Iglesia. Ha convivido con sucesores de Pedro que la han colmado de reconocimientos y privilegios, hasta el exceso, como el papa Farnesse que aprobó la Compañía con su bula



Regimini militantis ecclesiae el 27 de septiembre de 1541, el papa Cervini, el célebre papa Marcelo, íntimo de Ignacio, se identificó con la Compañía, y sobre todo, el cautivo de Napoleón, Barnaba Chiramonti, Pío VII, que con energía férrea y contra el acoso de los borbones, restauró la Compañía, mediante la bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* del 7 de agosto de 1845. Y en tiempos recientes, la predilección de los papas Ratti, Pacelli, y el primer Montini, ha sellado una historia de libertad y lealtad de la Compañía al Vicario de Cristo.

Sin embargo la Compañía ha logrado sobrevivir en medio de fuertes seísmos eclesiales, que han sacudido su base y su vértice. En 1568 el austero dominico e inquisidor general Miguel Ghislieri, San Pio V, volvió a imponer claustro, coro y hábito monacal a los jesuitas, "para que entre tanto contacto con el mundo, no se vuelvan "negros como deshollinadores". El canto coral del Oficio estuvo en vigor durante cinco años, hasta que el siguiente papa Gregorio XIII, en su primer año de pontificado abrogó la orden.

En 1573, este mismo papa benefactor, Gregorio XIII, a la muerte de Francisco de Borja, mandó a la CG 3ª que libremente eligiese general al luxemburgués Everard Mercurian, en lugar del burgalés Juan Polanco, pues no quería un cuarto general hispano. La Congregación objetó que debía votar con libertad y en conciencia, y si se excluía a una persona o a una nación, eso no sería posible. El papa devolvió la libertad a la Congregación, pero indicó que mantenía sus preferencias por Mercurian. Al día siguiente 23 de abril de 1573, y la primera votación, salió "libremente" elegido Everard Mercurian.

El año 1600, la tesis de los teólogos jesuitas seguidores de Molina, defendidas e incluso impuestas a la Compañía por el General Aquaviva, sostenía la libertad absoluta de la voluntad frente a la acción decisiva de la gracia. Esta tesis estuvo al borde del anatema, en la larga controversia *De auxiliis* (De la cooperación entre la gracia y el libre albedrío). Los dominicos seguidores de Bañez, defendían la tesis contraria, de la soberanía de la gracia sobre la libertad humana, que ante la gracia eficaz quedaba anulada, pasando indefectiblemente de la potencia al acto. Las mutuas disputas y acusaciones de herejía, cesaron por una especie de armisticio decretado por Paulo V, el 6 de septiembre de 1607, quien en carta a los Generales de la O.P. y de la S.I., prohibía a las partes en litigio defender sus tesis como verdades de fe, y tachar a

las contrarias de herejes. (Dz 1090). Decreto confirmado por Inocencio X el 28 de abril de 1654 (Dz 1097).

En pleno barroco del s. XVII y en defensa del probabilismo moral, tuvieron los jesuitas que enfrentarse a Tirso González, moralista de Salamanca, defensor tenaz del probabillorismo. (A falta de certeza moral; a) ¿se puede seguir la tesis probable?, o b) ¿se debe seguir la tesis más probable?). Al comenzar las sesiones de la CG 33, el papa Inocencio XI puso en claro que deseaba la elección de Tirso y que este diese libertad a los moralistas para defender el probabillorismo. La CG cumplió los deseos del papa y eligió General a Tirso el 6 de julio de 1687. A pesar de las buenas intenciones de Inocencio, la Compañía vivió un estado de tensión y polémica durante dieciocho años con el testarudo Tirso, que intentaba en vano imponer su tesis contra la enseñanza común de los moralistas jesuitas (W. Bangert HC 336-342).

En la era de la ilustración (1700-1750), dos Generales, el italiano de Módena, Michelangelo Tamburini (1706) y el bohemio de Praga, Frantisek Retz (1730), naufragaron en la tormenta que se levantó contra las misiones de la Compañía, que defendían la participación en los ritos confucianos y malabares y el uso de las expresiones Tien y Shangti y otras, para designar el nombre de Dios. La oposición violenta de La Sociedad de misiones extranjeras y la Congregación de propaganda fide a tales intentos de inculturación que consideraban sacrílegos por subordinar Cristo a Confucio y a Buda, suscitaron una enemiga frontal contra las misiones jesuitas de China e India, y contra su primer responsable el General, hasta el punto que el procurador De Propaganda, Deménico Perroni creyó que el contencioso debía resolverse de raíz disolviendo a la Compañía. Delenda est societas, era su consigna en Roma. Entre aprobaciones y condenas, pasaron más de cincuenta años hasta que el 5 de julio de 1742, el papa Benedicto XIII expidió la Constitución Ex quo singulari, y el 12 de septiembre de 1744, la Cinstitución Omnium sollicitudinum, prohibiendo las innovaciones misionales de la Compañía en China e India, ordenando juramento de obediencia de los jesuitas, acusándolos de desobediencia contumaz y estimulándose al martirio. La inapelable decisión papal, frenó en seco una de las más inteligentes y complejas experiencias de inculturación de la Iglesia. Cuatro años después de recibir el golpe, el general Retz

podía escribir al papa Benedicto que la Compañía había sido fiel y obediente a la decisión de la Santa Sede (W. Bangert HC 343-349).

La supresión de la Compañía el 6 de Agosto de 1773 por las Bulas Gravissimis ex causis y Dominus et Redemptor de Cemente XIV, el franciscano conventual Giovanni Ganganelli, se produjo por el acoso de las cortes europeas, que el papa fue incapaz de resistir como sus predecesores. El encierro en invierno del General Lorenzo Ricci en Castel Sant'Angello, sin fuego y sin luz, sin misal y sin breviario, a pan y agua, son crueldades históricas que hoy día hubiesen movilizado a Amnesty International y hecho intervenir al Tribunal de la Haya. Muy pronto los borbones fueron barridos de Europa por la revolución francesa, por lo que pudieran haber soportado un poco más la incomodidad de los jesuitas.

El santo papa Sarto, Pío X, estuvo a punto de destituir al general alemán Franz Xavier Wernz, por no ser todavía demasiado integrista.

En el marco de esta larga historia de dolores y gozos, podemos situar con mejor perspectiva, el significado de la destitución de Arrupe por el actual pontífice y concluir que no ha tenido un solo precedente histórico, ni siquiera en la disolución de la Compañía, que fue fruto de una batalla política a gran escala, en la que el papa fue más víctima que verdugo. Con el nombramiento digital de Dezza, se mantuvieron en suspenso las Constituciones de la orden y se dimitió a su primera autoridad, en virtud de la legítima y suprema potestad del pontífice sobre toda la iglesia y todas sus instituciones.

Para Pedro Arrupe significó el inicio de un lento martirio que, por esperado, pudo producirle la embolia cerebral, como se ha conjeturado. En sus últimos EE lúcidos de agosto de 1881, confiaba a su Acompañante Luis González, exprovincial de Toledo. "El día 30 sentí gran paz y alegría interior, por haber presentado la renuncia y por haber sido aceptada -una gran consolación, el lenguaje ignaciano- Me he sentido más identificado con el quebranto de Cristo quebrantado. Pero el último día sentí una angustia y oscuridad que jamás había sentido en mi vida. Experimentaba una gran rebeldía ante la perspectiva del fracaso y humillación. El último día recobré la calma y la alegría. Sentí que Dios quería algo más de mí, pero no sabía qué. Me abandoné a sus manos, dispuesto a obedecer, sin decir palabra, a la decisión del santo padre". Cuando leyó el mensaje que le entregó Casaroli, debió descubrir ese algo más que Dios quería de él. (¿Lo quería Dios?).

## 9. Contemplativo... en la pasión

Arrupe fue ante todo un místico. Si místico es padecer y gozar la cercanía de Dios, nadie ha puesto en duda que fue un místico.

-“¿Qué es Dios para ti?, preguntaron a Arrupe. Con sencillez de niño, Arrupe contestó:- ¿Qué es Dios para mí?. Todo, sencillamente todo”.

Cuando su amigo Nakayama le leía la poesía Flor de prado, del poeta japonés Yamada: “Donde nunca estás tú, allí el gozo impalpable de tus ansias”, Arrupe le interrumpió. -“¿Por qué todos sentimos lo mismo? “. -“¿Qué sentimos?”, le preguntó Nakayama. -“Que el gozo impalpable de nuestras ansias, nunca está allí donde nosotros estamos. ¿Será tal vez allí donde está Dios?”.

Arrupe dedicaba horas y horas a la oración, y trabajaba sin horas. Al final de un día de trabajo sin horas, le preguntó un jesuita: -“¿Cuándo encuentras tiempo para orar?”. -“Depende de lo que sea para ti lo primero de todo”.

Por los años 70 se abrió un debate teológico sobre la esencia de la oración. Los teólogos de la encarnación (Altizer, Tillich, Robinson) definían entonces la oración como “la penetración en la profundidad del mundo, para elevarla a la altura del evangelio”. Y añadían: “La oración no es una actividad desarrollada en las horas de fuga del mundo para conectar a solas con Dios”. Esa será la oración de los monjes que disponen de todas las horas para orar. “Orar es encontrar a Dios en el centro de la vida, en el quehacer de cada día”. Esa es la oración del hombre secular, que sólo dispone de tiempo para ocuparse de los problemas del mundo.

Los grandes orantes de la historia (Jacob, Moisés, David...) recibieron la llamada de Dios en el esfuerzo por transformar la historia. Orar es por tanto esforzarse por transformar la vida, en la oficina, en la calle, en el autobús. “Hallar a Dios, en todas las cosas”.

Arrupe lo tenía claro: “Hallar a Dios, en todas las cosas”, como Ignacio. Pero, como Ignacio también, en todas las cosas, hallar a Dios”. A Dios, y no “al propio amor, querer e interese”.

Con los teólogos de la encarnación y la escatología, que también intervinieron en el debate (Duquoc, Rahner, Schilleebeckx), Arrupe sostuvo que la oración tiene, sí, una dimensión encarnacional, que consiste en “integrar la creación entera en la alegría del Reino”, pero

que era ingenuo creer que el diálogo con el mundo y con las personas en directo, nos ponía sin más a la altura del Evangelio, y nos sumergía en la profundidad del Espíritu, y nos inspiraba el amor al enemigo, a la comunidad de bienes y al don total de uno mismo.

La oración tiene también una dimensión escatológica, que consiste en contemplar en directo los misterios de Cristo, en adorar gratuitamente la majestad de Dios, en encontrarse a solas con Jesús sin ninguna mediación.

“Los grandes orantes de la historia (Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Cristo), mantuvieron un combate en soledad con Dios, un tú a tú en directo con Cristo, no por temor al mundo, sino por un mayor amor al mundo”.

El enamorado encuentra en todas las cosas a su amor, pero antes ha encontrado a su amor al margen de todas las cosas. “Hallar a Dios, en todas las cosas”, pero también “Hallar en todas las cosas a Dios”.

Arrupe, como Ignacio, fue un contemplativo en la acción, un hombre poseído por Dios desde la mañana hasta la noche. “Pero este hombre, ¿cuándo descansa?. No come, no bebe, no duerme”. Arrupe reía: -“Tengo toda la eternidad para descansar”-

Arrupe fue un contemplativo en la acción. En la acción... y en la pasión. Reducido a la pura pasividad, oraba así a su Dios.

“Dios mío, toda mi vida me he abandonado a tus manos. Cuando era joven todo lo dejaba en tus manos, pero era yo quien lo hacía todo y tú lo hacías conmigo. Pero ha llegado la hora en que ya no puedo hacer nada. También ahora, todo lo abandono en tus manos, pero ya no soy yo quien actúa, eres tú y sólo Tú quien lo hace todo. Nunca me he sentido tan cerca de ti”.

“Hallar en todas las cosas a Dios”, en la vida y en la muerte. Hace diez años, el 5 de febrero del 91, a las 7,45 de la tarde.

[Tomado en dos partes : «Noticias Loiola Rerriak», Bilbao, España, 269(Marzo-Abril 2001), pp. 9-12; 270(Mayo-Junio, 2001), pp. 9-12]